

Educación socioemocional y empatía

Ergüin Armando Guillén Baca

Maestría en Investigación y Desarrollo de la Educación

Universidad Iberoamericana Ciudad de México

erguein@yahoo.com.mx



RESUMEN

El presente artículo busca resaltar la importancia de la educación socioemocional como parte de un proceso interpersonal maestro-alumno, el cual implica la necesidad de educarse en el “manejo de las emociones, como un acto esencial del proceso educador”. Para ello, se presentan los tres puntos del proceso de la empatía de Edith Stein como una herramienta útil para la formación de la persona, y que permite desarrollar una mejor educación socioemocional en el “encuentro” que detona la educación.

Palabras clave: educación socioemocional, empatía, emociones, educación

ABSTRACT

This article seeks to highlight the importance of socio-emotional education as part of an interpersonal process between teacher and students. This involves the need to educate in the “management of emotions, as an essential part of the educational process”. For that purpose the three successive steps on the empathy process of Edith Stein are presented as a useful tool that contributes to form the person and allows the development of a better socio-emotional education in the “encounter” triggered by the educational process.

Keywords: socio-emotional education, empathy, emotions, education

1. *La educación como un acto de aprender a desarrollar nuestras potencialidades mediante la relación activa entre alumno y maestro*

Educación es una de las actividades más nobles e importantes que realizan los seres humanos. Al momento de aprender, las personas desarrollan sus potencialidades y elevan su propia naturaleza mediante un proceso dinámico, donde participan fundamentalmente tres protagonistas: los padres, los docentes y el educando.

El niño tiene la primera experiencia educativa en el encuentro con sus padres. Con ellos aprende a *aprender*, a *valorarse* y a *respetar* el entorno social que lo rodea. Son los padres quienes tienen el deber de introducir a sus hijos en el proceso educativo y proporcionarles las nociones básicas de valores y conductas que les servirán para enfrentar los diferentes retos que se les presenten, y para lograr establecer vínculos con su comunidad. El segundo protagonista en el proceso de aprendizaje son los docentes, quienes son los responsables de ayudar al educando a consolidar dichos aprendizajes con diversas estrategias que le permitan desarrollar las habilidades necesarias para desempeñar de manera adecuada sus actividades diarias; así como ampliar y profundizar sus capacidades físicas, intelectuales y morales que le permitan un desarrollo pleno y una preparación para la vida. El tercer protagonista en el proceso educativo es el alumno, quien no es un actor pasivo y receptivo de la educación que le proporcionan sus padres y los docentes, sino que vive activamente un acercamiento intelectual, moral y emocional con el mundo, gracias a la espontaneidad natural que lo caracteriza. Es este proceso activo el que le permite interpretar, asimilar y desarrollar el complejo entramado educativo, de tal manera que pueda hacer el anclaje entre los conocimientos obtenidos y sus propias experiencias de vida, llevándolo a un nivel de significación y utilidad adecuados a su propio desarrollo. De esta manera, al participar activamente en su educación el alumno contribuye a formarse y conducirse hacia la propia plenitud personal, co-implicado con lo que

aprende, lo que vive con los demás y el mundo que lo rodea.

Lo anterior permite destacar que el fecundo proceso educativo, más que un acto solitario, es un acto de socialización, es decir, una interrelación personal, en la cual dos o más seres humanos entran en un proceso comunicativo de crecimiento mutuo. Este aspecto lo resalta Durkheim cuando afirma que educar es un fenómeno que tiene un doble ámbito: por un lado, puede ser considerado como un hecho individual en el que la persona adquiere enseñanzas y habilidades que le permiten enfrentarse a las actividades cotidianas; y, por otro, es un hecho social en el que están involucrados varios actores con quienes hay que entrar en contacto para consolidar el aprendizaje (Durkheim, 1975: 12). Por ello, enfatiza el autor, es deber fundamental, tanto de los adultos como de los profesionales de la educación e instituciones gubernamentales, proporcionar la formación debida a los alumnos para que logren desempeñarse de manera adecuada ante los retos que la vida misma les ofrece, constituyéndose con ello la educación en un proceso de socialización (Durkheim, 1975: 13).

Aunado al proceso de socialización, la educación es un proceso de “ser persona”, de “producir al ser humano”, reflexiones de Octavi Fullat en su conocida obra *Paideia* (1992: 29). Cuando Fullat afirma que “educar es producir al ser humano”, no debe ser concebido como una forma de cosificación; por el contrario, educar es una actividad que implica establecer procesos que permitan al estudiante desarrollar sus potencialidades, nutrirse, salir al mundo, conducir su propia vida en relación con el mundo social y cultural. En una palabra, que le permitan *aprehender* y apropiarse de su entorno y realidad. Este proceso de “producir al ser humano”, mediante la acción educativa, debe ser visto como un medio para conducir a los estudiantes a “saber hacer” y “saber por qué hacerlo así” (Fullat, 1992: 20). Incluso, como lo presenta Delors (1997: 91-103), educar es “aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a vivir juntos y aprender a ser”. La educación se presenta como una actividad en la

que la persona sale al mundo, desde sus carencias y limitaciones, con la necesidad de “salir al encuentro” con los demás, porque es con ellos con quienes puede formarse y ser persona (López, 1998: 188).¹ Así, mediante la voluntad, la inteligencia y los sentimientos el estudiante se orienta y forma activamente en el mundo que le rodea. La educación suscita el encuentro entre el alumno, quien sale en la búsqueda del sentido de su vida, y el educador quien, mediante el material educativo, es copartícipe de este encuentro activo con el estudiante. Así el *educere* no sólo es un *ser conducido por*, es también un *encuentro* en el que el educando aprende a guiarse y orientarse para llegar a ser quien verdaderamente es.

Para poder generar este encuentro, el docente debe tener una buena formación que dé cauce a la fuerza anímica del educando, como lo establece Edith Stein² quien afirma, atinadamente, que el educador posee “responsabilidad de formarse para llegar a ser lo que debe ser” (Stein, 1998: 27). La filósofa alemana también considera que quien entrega su vida a esta actividad, necesariamente debe tener vocación y equilibrio en todas y cada una de sus dimensiones, en concreto, ser una persona armónica y equilibrada. Si logra esto, entonces podrá establecer un vínculo sano con los alumnos. Así, se afirma que la educación no es sólo conducir, sino el ejercicio de una actividad interpersonal, en la cual, tanto la persona que conduce como quien es conducido, viven de forma activa un “encuentro”. Cabe destacar que el educador debe estar preparado

para guiar al alumno en el desarrollo de sus potencialidades, lo que implica que sepa encauzarlo en los aspectos cognitivos, volitivos y emocionales.

Sobre este último aspecto es importante advertir que la educación no se debe ocupar únicamente de desarrollar los aspectos intelectuales del estudiante, como se pensaba antes. El proceso educativo tiene como objetivo formar y consolidar todas y cada una de las capacidades y habilidades humanas, con el único fin de que el ser humano pueda vivir con plenitud; sería un error cultivar permanentemente el aspecto intelectual del alumno y dejar de lado el resto de las dimensiones que lo componen como persona, en particular, las emociones. Se repara poco en el papel de éstas en el proceso de aprendizaje y, sin embargo, lo afectan positiva o negativamente. No debe perderse de vista que parte fundamental de todo proceso de enseñanza debe ubicarse, primordialmente, en cultivar, reconocer y vivenciar las emociones, ya que son un aspecto fundamental del desarrollo humano, pues: “La maduración de la persona humana implica desarrollo de la inteligencia y la emotividad, apertura a las demás personas y los valores y se lleva a cabo mediante encuentros” (López, 1998: 188). Esto obliga a reflexionar sobre el papel del educador, quien además de estar preparado para atender los aspectos intelectuales y morales del alumno, debe estarlo para dar orientación y coexistir a nivel emocional y empático con éste.

2. Educación socioemocional: una alternativa necesaria para el proceso educativo

Para abordar la importancia del papel de las emociones en el fenómeno educativo conviene tomar en cuenta a Bisquerra, quien sostiene que las emociones se aprenden por imitación y permiten establecer relaciones sanas con uno mismo y con los demás. Las emociones, dice el autor, son un conjunto de expresiones psicofisiológicas y son emanadas de un doble proceso: de la necesidad de protección y adaptación al entorno, y del consenso social (Bisquerra, 2016: 71-72; Fernández y Carrera, 2014: 53). La importancia de la educación en las emoción-

¹ “El ser humano es un sistema abierto y desvalido, dispuesto para ser troquelado por realidades distintas a él, pero adecuado a su proceso de desarrollo a modo de polos integradores.”

² Filósofa judía, convertida al cristianismo (1891-1942), muerta en un campo de concentración nazi, era una mujer convencida de la importancia que tiene la educación para configurar a la persona en su totalidad. En algún momento tuvo el deseo de estudiar psicología o pedagogía; sin embargo, optó por la reflexión filosófica centrando sus estudios, en un primer momento, en la corriente fenomenológica y, posterior a su conversión religiosa, a la mística y espiritualidad cristiana. Durante algún tiempo dedicó su trabajo a la educación.

nes radica en que contribuye a lograr la finalidad de ésta, que es hacer posible la convivencia y el bienestar (Bisquerra, 2009), no sólo porque una correcta educación en las emociones mejora las habilidades del aprendizaje intelectual y contribuye a la consolidación de un buen desarrollo moral al fortalecer las relaciones sociales, sino porque ayuda a que el alumno pueda actuar y orientar de forma adecuada su vida. Esto es así porque la voluntad³ se vincula íntimamente con las emociones que se erigen como los “impulsos que nos llevan y motivan a actuar, programan nuestra reacción automática” (Goleman, 2010: 10). Si se logra educar las emociones conforme a la voluntad, se contribuye también a “educar para la vida”. Al respecto, en el caso de las instituciones educativas, los directivos y docentes de los diferentes niveles e instituciones gubernamentales deben crear los planes, los programas y las actividades que fomenten todo tipo de competencias, entre otras, las emocionales que propone Bisquerra (2016) o las que propone Goleman (2010).

La empatía tiene un papel fundamental en la educación socioemocional, ya que permite consolidar las relaciones emocionales y afectivas. Lograr una proximidad empática entre alumno y maestro contribuye al desarrollo de la persona; si el docente no empatiza con un área de enseñanza o algún tema, con dificultad podrá transmitirlo a sus alumnos. En este campo, las aportaciones de la filósofa Edith Stein resultan esclarecedoras para comprender la empatía como una herramienta educativa.

3. Empatía en Edith Stein, una herramienta necesaria para el desarrollo personal dentro del proceso educativo socioemocional

Los estudios sobre la empatía realizados por Edith Stein vieron la luz en 1916 con la presentación de la tesis doctoral *El problema de la empatía*, de la cual se conserva sólo la segunda parte. En este escrito, Stein toma distancia de la concepción común de empatía ligada al hecho de “ponerse en lugar del otro” y

³ Esta facultad espiritual, según el diccionario de términos filosóficos (2004), es una tendencia al deseo del bien y saber elegir de manera libre.

afirma que ningún ser humano puede “ponerse” en lugar del otro y perder su propia subjetividad; no es posible “entrar en la vida del otro” y desprenderse de lo que somos; sin embargo, es posible comprender al otro, contagiarse de su experiencia. En el ámbito de la educación, tener empatía con “el alumno” supone comprender que éste vive un proceso emocional determinado, el cual se podrá acompañar, pero no suplantar. Para Stein (1995), ser empático es, en un primer momento, un “darse cuenta de” que permite la auto-construcción y desarrollo de la propia identidad, que se da a partir de la relación “con otro como yo, pero que no soy yo”. Así, la empatía permite que se lleve a cabo la educación socioemocional, porque en ésta el maestro toma conciencia de sí y vive un encuentro con el otro; se abre a la escucha del otro sin juicios, se abre a la oportunidad de escuchar la experiencia del otro y “compartirla”, aunque no la viva como la vive la otra persona.

Stein señala que todos los actos existenciales están acompañados de actos “empáticos”, los cuales se desarrollan escalonadamente, no de forma inmediata, y los describe como grados de empatía:

[...] en todos los casos considerados de la representación de las vivencias tenemos tres grados de realización, es decir modalidades de ejecución, en la que en casos concretos no siempre se pasa por todos los grados, sino frecuentemente se contenta con alguno de los inferiores: 1. el surgir de las vivencias, 2. la explicitación satisfactoria, 3. la objetivación comprensiva de la vivencia explícita (Stein, 1995: 31-32).

A continuación, se explica en qué medida dichos grados pueden ser herramientas para la educación socioemocional.

El primer grado de empatía lo constituye el simple encuentro que puede ser casual, un contacto incidental (Stein, 1995: 32): puede decirse que existe empatía desde el primer momento en que se da la percepción externa. Es una forma de “aprehensión” inmediata que constituye el primer encuentro o contacto que establezco con el fenómeno: sé por los sentidos que el fenómeno está ahí (Stein, 1995).

Así, por ejemplo, en la escuela, cuando el maestro recibe por primera vez a los alumnos en el salón de clase experimenta la empatía que suscita el encuentro y contacto con el otro (Stein, 1995: 32). Este primer momento empático es involuntario, pues ahí “el otro se me da”, me afecta y genera en mí una reacción emotiva frente al *tú* que está frente a mí (Stein, 1995). El otro está ahí. Esto representa el primer encuentro que permitirá o no establecer un vínculo más profundo. A partir de aquí, el docente tendrá que hacer crecer voluntariamente la empatía: establecer un proceso empático más profundo con la persona y crear las condiciones para poder profundizar este proceso, y así acompañar al alumno en su desarrollo educativo y personal.

En el segundo nivel de empatía, el educador identifica las carencias y reconoce las capacidades del alumno. Es decir, lo conoce en una realidad más concreta, lo cual supone una mayor proximidad interpersonal, pero todavía no hay un acercamiento sólido hacia éste. Para tener una relación más profunda, de nuevo es necesario desarrollar este acto voluntario en el que el maestro se acerca a conocer la problemática y los intereses del alumno, con el propósito de saber cómo acompañarlo en su proceso de desarrollo personal emocional. Es importante insistir que el maestro no pierde su propia historia personal ni sus vivencias, ya que no toma el lugar del alumno. Por el contrario, se trata más bien de un acto en el que, al entender su propio trayecto de vida, se acerca a comprender el proceso que puede estar viviendo el alumno, con el propósito de acompañarlo y ayudarlo a crecer mediante la comprensión y el estímulo para que se desarrolle, pues el encuentro es la relación espiritual con el otro. Quizá, el acto que mejor definiría este segundo nivel sería “la escucha”, pues en una acción de empatía se escucha a la persona y se deja que manifieste sus intereses y dudas.

Finalmente, el tercer nivel o grado de empatía al que alude Stein es la *objetivación*, que consiste en lograr nombrar lo que se manifiesta, es decir, la relación que se establece con el otro. En el contexto educativo sería el momento en que el maestro, a

partir de la comprensión que logra de la vivencia del alumno, de acuerdo con su experiencia, logra identificarla o nombrarla, para saber cómo intervenir en su proceso de maduración y educación: “está emocionado”, “está confundido”, “está intrigado”, etcétera. En este tercer nivel, el profesor debe trabajar su propio proceso emocional e identificar estados similares a lo que puede estar viviendo el alumno y recordar cómo resolvió su propio caso, para que desde esa realidad y en el proceso de relación empática que vive con el alumno, pueda ayudarlo a que él desarrolle su propio proceso emocional. Es ahí donde se da el verdadero encuentro empático. Hay que recordar que no es un “ponerse en el lugar del otro”, es un “ponerse a la par del otro”, en una relación interpersonal educativa, gracias a la cual el alumno podrá integrar la experiencia unitaria del saber y las emociones.

Así, los puntos anteriores mencionados pueden contribuir a esclarecer la forma en que debe darse la relación del maestro en la vida emotiva del estudiante para poder suscitar el encuentro emocional con el alumno, que permitirá una mejor educación, de tal manera que contribuya a construir el proceso de empatía espiritual.⁴

Una propuesta para favorecer un clima emocionalmente adecuado es que el maestro genere un ambiente de seguridad y confianza en el aula. Ésta sería la primera condición de la empatía y, si el maestro logra crear las condiciones para que se dé el proceso empático, entonces se logra reconocer la dignidad de la persona y se aprende a tomar conciencia de lo que es el otro, cuidarlo, saber que el otro es capaz de cuidar a los otros. El fin sería llegar a un nivel de empatía espiritual. No educar las emociones puede generar personas egoístas, hedonistas e individualistas. Lo relevante de este proceso es formar ciudadanos comprometidos y responsables consigo mismos, con la sociedad y con su entorno, que sean capaces de tomar conciencia de sus propias emociones y de regularlas (Bisquerra,

⁴ Al respecto puede ser interesante para futuros trabajos trazar una línea de comparación entre el pensamiento de Edith Stein y las dimensiones de la educación de Robert Marzano.

2016: 11). Este hecho les permitirá desarrollar habilidades para la vida y cultivar relaciones sanas, es decir, lograr un bienestar pleno. Además, se debe considerar que focalizar la educación socioemocional en la empatía, como eje transversal, como señala Stein, implica formar personas dispuestas al

encuentro con el otro (lo que constituye el tercer nivel de empatía), pero no sólo de forma superficial sino de forma profunda y como una vivencia espiritual (1995: 148; 1998: 23). ■

RECOMENDACIONES PARA EL AULA

Se recomiendan actividades que les permitan a los alumnos aprender a ver al otro como persona y que posibiliten un verdadero encuentro en el proceso de enseñanza-aprendizaje, además de fomentar un vínculo de unidad que favorezca una relación sana entre docente y alumno.

1. Se sugiere que el docente establezca una actividad en la que los alumnos puedan reflexionar sobre ¿qué son las emociones?, ¿qué tipo de emociones sienten frente a ciertas experiencias?, ¿cuál consideran que es la fuente de dichas emociones? Además, llevar a cabo una plenaria para escuchar cómo perciben las emociones compartidas por sus compañeros.
2. Se propone una actividad en la que se logre crear un clima de confianza, para establecer un diálogo abierto en pequeños grupos, a partir de un relato previamente seleccionado por el profesor, relacionado al tema del curso que se esté revisando. La intención es dar un espacio para expresar el sentir de cada integrante y lograr crear un vínculo empático y llegar a conclusiones que ayuden a reforzar y consolidar el aprendizaje, y las relaciones de unidad entre ellos.
3. Proponer la elaboración de una autobiografía en la que identifiquen sus propias emociones y cómo éstas ayudan a establecer un vínculo relacional con las demás personas.
4. El propio docente debe trabajar en el autoconocimiento de sus emociones: saber cómo canalizarlas e identificar cómo puede orientarlas para lograr una relación empática con los alumnos, los padres de familia y el resto del claustro docente.

BIBLIOGRAFÍA SUGERIDA

Bisquerria, Rafael. *Cuestiones sobre bienestar*. Madrid: Editorial Síntesis, 2013.

Carpena, Anna. *La empatía es posible. Educación emocional para una sociedad empática*. España: Descleé de Brouwer, 2016.

Guevara, Gilberto. *Lecturas para maestros*. México: Cal y Arena, 2005.

López, Luis. *Maestros del corazón. Hacia una pedagogía de la interioridad*. España: Wolters Kluwer, 2013.

Prinz, Jesse. *The emotional construction of morals*. United Kingdom: Oxford University Press, 2013.

Steiner, George. *Lecciones de los maestros*. México: FCE, Ediciones Siruela, 2004.

REFERENCIAS

Bisquerria, Rafael. *Educación emocional*. España: Descleé De Brouwer, 2016.

Bisquerria, Rafael. *Psicopedagogía de las emociones*. Madrid: Síntesis, 2009.

Delors, Jacques. *La educación encierra un tesoro*. México: Unesco, 1997.

Durkheim, Emile. *Educación y sociología*. Barcelona: Península, 1975.

Fernández, José y Carrera, Pilar. "La complejidad de las emociones positivas". *La ciencia del bienestar*. Coords. Carmelo Vázquez, y Gonzalo Hervás. España: Alianza editorial, 2014: 48-74.

Fullat, Octavi. *Filosofías de la educación Paideia*. España: CEAC, 1992.

Goleman, Daniel. *Inteligencia emocional*. España: Kairós, 2010.

López, Alfonso. *Estética de la creatividad: juego, arte, literatura*. Madrid: Rialp, 1998.

Rogel, Héctor. *Diccionario de términos filosóficos*. México: Seminario Conciliar de México, 2004.

Stein, Edith. *La estructura de la persona humana*. Madrid: BAC, 1998.

Stein, Edith. *La mujer*. México: Provincia o.c.d. de México, 1998.

Stein, Edith. *Sobre el problema de la empatía*. México: Universidad Iberoamericana, 1995.